

Reflexiones

Padre Nicolás Schwizer

Nº 210 - 01 de noviembre de 2018

Anunciación

Dentro de poco estaremos en el tiempo de Adviento, camino a la Navidad: vamos a celebrar el nacimiento de nuestro Dios en medio de nosotros. Al final de este tiempo de espera, la Iglesia quiere presentarnos, una vez más, esa gran figura de adviento que es la Sma. Virgen María.

En la Anunciación ha llegado, por fin, esa hora que fue anunciada por los profetas y que el pueblo esperaba desde hacía siglos. El encuentro del ángel con María resulta uno de los momentos más grandes de la historia de Israel y de toda la humanidad. Esta historia pasa ahora por Ella, depende de Ella, culmina en Ella - pero en provecho de todos.

De una manera única se tocan el cielo y la tierra, la grandeza de Dios y la pequeñez de su creatura.

A Ella Dios la ha elegido para revelar su misterio, mantenido en secreto durante siglos. En el seno de María se hará realidad la promesa de Dios: *“El Señor le dará el trono de David, su padre y reinará sobre la casa de Jacob para siempre”*, le anuncia el ángel a María.

El llamado a María, por medio del ángel, es significativo para el actuar de Dios frente al hombre. Podemos verlo, sobre todo, en tres características:

(1) Dios prefiere a los humildes, a los pequeños, a los sencillos. Por eso escoge a María, *“la esclava del Señor”*. Ella es humilde, porque conoce la distancia infinita que hay entre Dios y Ella. María se siente una hija pequeña e insignificante de su pueblo. Por eso se turba cuando el ángel la saluda: *“Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo”*.

(2) Una segunda característica: para los sucesos verdaderamente grandes de la historia y de nuestra vida, **Dios no elige la agitación y la turbulencia del mundo**, sino elige la soledad y la tranquilidad. Los mayores momentos suelen ser los más silenciosos y ocultos. Así sucede también en este encuentro singular entre el cielo y la tierra: tiene lugar en la soledad y paz de la casa de María, ignorado por el mundo.

(3) Además, la Anunciación nos revela, que Dios toma en serio al hombre y su libertad.

Por eso no quiere realizar sus planes de salvación sin la colaboración y el consentimiento libres del hombre.

En la escena del Evangelio, este respeto de Dios ante la dignidad y libertad del ser humano se expresa de un modo impresionante. Dios le da a María la posibilidad de aceptar o rechazar su misión. Dios pone el destino de la humanidad en las manos de esta virgen sencilla.

La respuesta de María en esta hora decisiva resulta ejemplar para todos nosotros: *“Hágase en mí según tu palabra”*. Ella acepta, aunque no vea ni comprenda

Por eso, lo más extraordinario de María, en la hora de la Anunciación, es su fe.

María es la primera creyente de la Iglesia:

“La Madre de todos los creyentes”, como la llaman los Padres de la Iglesia. Ella es modelo de nuestra fe, no sólo en la hora de la Anunciación, sino también en toda su vida.

El ángel se retira y Ella queda sola, sola con su gran misterio, sin posibilidad de explicárselo a nadie. Y se inicia su doloroso camino de fe. Desde ese mismo momento comienza a ser la Madre Dolorosa. Recordemos nomás su situación difícil frente a San José, el nacimiento en la miseria, la matanza de los inocentes, la fuga a Egipto, hasta la muerte de su Hijo en la cruz.

Ésta y no otra es también nuestra suerte, si queremos ser cristianos auténticos. La fe no es un seguro cómodo de la vida. Sino es un salto en el vacío, un camino de lucha continua, que incluye también la cruz.

Pero tenemos en María una Madre que nos precedió en este camino y que nos acompaña, de nuevo, con su ayuda, su estímulo y su consuelo. Y al final de nuestra vida, Ella nos espera para llevarnos a la Casa del Padre, para siempre.

Queridos hermanos, en esta misma fe vamos a prepararnos también, como la Sma. Virgen, para la gran fiesta de Navidad, el milagro de la Noche Buena, la llegada del Dios hecho hombre a nuestra tierra.